

## “Lo Éxtimo: lo radicalmente otro en la intesión y la extensión del psicoanálisis”

(por Rodrigo Echalecu)

Para bordear lo “éxtimo”, voy a referirme, en principio, a la angustia. Es de resaltar que la angustia, por un lado, resulta ser un fenómeno clínico fundamental, pero a su vez obedece a razones de estructura y a una lógica en lo que respecta a la dirección de la cura y a la posición del psicoanalista. Posteriormente me referiré a lo “éxtimo” en la institución de analistas y al enlace entre saber y agujero, considerando al objeto a como agujero, un modo al que acudió Lacan para referirse a la extimidad del objeto a.

Existe una anécdota que caracteriza a la angustia que sintió Freud (1), la cual refiere que cuando cumplió 50 años, un grupo de sus partidarios vieneses le obsequió un medallón, realizado por un famoso escultor. El medallón llevaba esculpido un perfil de Freud y en el reverso reproducía un grabado griego de una frase de Sófocles perteneciente a Edipo Rey: “*aquél que descifró los famosos enigmas y fue varón muy poderoso*”. Cuando Freud leyó la inscripción, reveló el hecho de que siendo joven estudiante, en la Universidad de Viena, solía pasearse por el gran patio y las arcadas y contemplar los bustos de antiguos profesores ilustres de la institución. Se le ocurrió entonces la fantasía, no sólo de ver allí su propio busto, cosa que no tendría nada de notable en un estudiante ambicioso, sino de que alrededor del busto habría una inscripción con las mismas palabras que ahora veía en el medallón.

La palidez y el estrangulamiento agitado, entrecortado de la voz, propios de la vivencia de angustia, se presentan en el maestro vienes ahí donde de lo que se trata, es de la “realización” de cierta fantasía adolescente. Lo *Unheimlich* se presenta a partir de esas letras grabadas, señalando un tiempo de presencia del objeto, ahí donde falta la falta, dirá Lacan. Presencia del objeto, lo cual se traduce en angustia.

Esa inquietante extrañeza, o como lo proponen las traducciones, “lo ominoso”, “lo siniestro”, “*lo extrañamente familiar o infamiliar*” (2) a lo que alude lo *Unheimlich*, se presenta como exterior incluido, el pasaje de uno a otro se efectúa en continuidad, resultando ser la Banda de Moebius la que representa esa continuidad del derecho y del revés. En la angustia lo acentuado es el goce del Otro, goce de la cosa, tal como lo rastreamos en Lacan en el primer tramo de su enseñanza.

¿Qué posición la del analista en la clínica en intesión ante lo éxtimo, que en el caso de la angustia es señal de lo real? ¿Y ante la presencia del objeto obturando el agujero, dificultando que la castración opere?

Sabemos que a lo real no hay que chocarlo sino atravesarlo. De ahí el arte de llevar a cabo el acto analítico, como acontecimiento que propicia el atravesamiento, resguardando esa vacuola de goce como vacío éxtimo, permitiendo enlazar lo real con lo simbólico, el inconsciente con su agujero.

En el caso de la angustia podemos situar la dimensión temporal del corte con el objeto, la angustia media entre el deseo y el goce y una vez más, es el deseo del analista

el que propicia la política, basada en la lógica de la castración. La realización de un deseo, como en el ejemplo de Freud, angustia porque se “satura” la falta, apareciendo colmada. Y “*si algo aparece en este hogar de la falta, entonces surge el sentimiento de extrañeza (Unheimlich), iniciador y aurora de la angustia*” (3)

Ubicar el objeto en el fantasma permitirá circunscribir y contornear el vacío, propiciándose que el sujeto se instale como corte, corte con el objeto frente a lo arrasador de un goce que amenaza si no se produce el viraje hacia el deseo. La función deseo del analista resulta ser, como dijimos, la propiciadora de ese pasaje, productora de alteraciones en la satisfacción pulsional del sujeto. Y ello sucede entre interior-exterior, en la continuidad entre lo familiar y lo infamiliar que se presenta. Desentendernos de una cuestión semejante, allí donde el objeto de goce le hace tope a lo simbólico, dejaría inmerso al sujeto en una práctica de charlatanería. Cuando el analista no logra situar el tope, el límite del saber, el análisis queda en la insistencia simbólica y en el despliegue del sentido.

Ahora, esa extimidad propia del objeto a también podemos articularla moebianamente entre la intensión y la extensión.

La Escuela de analistas es un escenario propicio para relanzar la causa por el psicoanálisis. En la Escuela contamos con dispositivos como el del cartel, por enumerar tan solo uno de ellos, que invitan a quien se forma como analista a realizar la experiencia, no solo del saber sino también del *no saber*, ese que Lacan nombra **agujero** en el Seminario XVI cuando se refiere, al objeto a. Lo define allí como “*agujero que se designa en el Otro cuando se lo examina en su relación con el sujeto*” (4). Subrayo “*agujero*”. El saber de los conceptos se topa con el límite, así como el saber del inconsciente, está agujereado.

Cuando Lacan se pregunta por el deseo del analista, a la altura del Seminario XI, donde el tema de fondo no era otro que el de la formación de los analistas y la cuestión de la autorización, introduce a los conceptos fundamentales, aclarándonos que “*solo mediante un salto, un paso al límite se realiza el concepto*”. Los conceptos nos dan la posibilidad de formalizar lo real a través de lo simbólico, son una respuesta, la lacaniana, leyendo a Freud, a la pregunta por el deseo del analista, “*el análisis no consiste en encontrar el rasgo diferencial de la teoría, se trata de hacer hablar y de que eso propicie una escritura, un trazado de lo real que se ha de penetrar*” (5)

Nuevamente nos encontramos aquí con el límite. Así como el concepto apunta a franquear ese límite, podemos decir que el análisis tendrá el mismo norte.

Entiendo que si la formación de los analistas no contempla la cuestión sobre el saber agujereado, fallado, propio de la estructura que se aborda en el análisis, estamos en la impostura o la creencia del saber absoluto, alejado de la cuestión del agujero y de la falta, no considerando esa exterioridad íntima propia de lo éxtimo.

Circunscripto ese borde, delimitado lo éxtimo y considerando a partir de ello que el saber conceptual y el del análisis en intensidad tienen un límite, el asunto se tratará, una vez más, de saber hacer en ese borde. Para quien se analiza podrá tomar el sesgo de saber hacer con el síntoma, con la angustia. Para quien se forma como analista y practica el psicoanálisis conduciendo curas, en ese arte convergerán, además de la práctica de los conceptos y de lo novedoso que se produce en la Escuela, el propio análisis con sus consecuentes aportes para autorizarse a ocupar el lugar del semblante. Y también en la extensión, ante algunos otros.

(1) E. Jones. "Vida y obra de Sigmund Freud". Tomo II. Cap. 1: "El fin del aislamiento" (1901-1906). Anagrama editores.

(2) Erik Porge. "Transmitir la clínica psicoanalítica". Nueva Visión. Cap. 14: "Topología de la extimidad".

(3) M. Safouan. "Lacaniana. Los seminarios de Jacques Lacan. 1953-1963". Cap. 10: "La angustia (1962-1963)". Paidós editores.

(4) J. Lacan, Seminario XVI "De un Otro al otro". Cap.: "Topología del Otro". Ed. Paidós.

(5) J. Lacan, Seminario XI "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". Cap.: "La Excomuni3n". Ed. Paidós.